

Tercer abrazo al Seminario Conciliar, 2023

Recordar, volver a pasar por el corazón

En primer lugar, quiero dar las gracias a Mariajo Calvo, Víctor Pardos y toda la gente de la Plataforma para la defensa del Patrimonio de Huesca por haber pensado en mí para hacer este manifiesto pregón en el Tercer abrazo al seminario.

Que tengamos que estar hoy aquí dando este abrazo al seminario, a nuestro patrimonio, me trae mucha felicidad al ver toda la gente que se preocupa por nuestra ciudad, pero también mucha tristeza, puesto que si esto es necesario es porque los últimos años no han sido los mejores para este conjunto de edificios. Hubo que ponerse en pie a través de las entidades vecinales y de las asociaciones para luchar por él, teniendo claro que se llegaría hasta donde hiciera falta para poder conservar este lugar histórico. En este momento, como bien informa la plataforma, los patios históricos de los XVI y XIX son las dos únicas piezas que están a la espera de la sentencia en el Tribunal Superior de Justicia de Aragón. Si se consigue que el tribunal los salve, el Seminario seguirá siendo el edificio que es. O incluso mejor.

Estamos ante el solar con más historia de la ciudad junto al de la catedral, en la plataforma sobran razones urbanísticas, argumentos históricos, planteamientos arquitectónicos y soporte científico, arqueológico y social más que razonable para que este edificio comience su merecido proceso de rehabilitación, que nos gustaría que fuera respetuoso y participativo. Ojalá lleguemos a ver solucionado este problema y el seminario quede fuera de los tribunales, que Europa pueda darle lo necesario para que este conjunto vuelva a ser un centro referente y las asociaciones puedan dirigir sus energías hacia otros lugares buscando lo mejor para la ciudad.

El verbo abrazar implica varias partes del cuerpo, nuestros brazos y el pecho sobre el que apoyarse. Abrazamos cuando queremos dar cariño, cuando queremos acoger y consolar, cuando queremos celebrar y festejar, cuando en realidad lo que estamos haciendo sin darnos cuenta es unir corazones, latir al mismo tiempo. Y no podemos abrazar si nos falta una parte de nuestro cuerpo. Nuestros brazos son tan necesarios como cada una de las partes que conforman este conjunto. Si vierámos el seminario como un cuerpo entenderíamos que la iglesia de la Santa cruz, el torreón o su fachada son el corazón y los pulmones, y están protegidos. Pero proponer quitar una de sus partes, es quitarle uno de sus brazos, sería permitir que él no pueda devolvernos el abrazo, que nuestros corazones se desincronizaran, que cada vez que lo viéramos notáramos su dolorosa mutilación.

La palabra corazón forma parte de la palabra recordar, verbo que viene le latín y que significa volver a pasar por el corazón, volver a vivir todo lo que ahí se alojó y que forma parte de nuestro ser como ciudad. Estamos hablando de restos que vienen de cuando nos llamábamos Bolskan, del palacio del Wali Andalusí, de la Zuda, heredado por los primeros reyes aragoneses y donde vivieron durante casi un siglo. Donde se instaló tras la

conquista Pedro I. Donde vivió Ramiro II el monje, y donde probablemente ocurrieron los hechos de la leyenda de la campana de Huesca, leyenda no tan lejana de la realidad, como así lo atestiguan la lista de “tenentes” que misteriosamente se esfuman en 1135, siete nobles que no volverán a aparecer. Alfonso X Sabio recogerá un antiguo cantar de gesta en el que se dice que la leyenda ocurre en la ciudad de Huesca, en el patio de su palacio. En ese momento el Palacio de la Zuda, tal y como nos lo indica Mariajo Calvo, cuya interpretación en la localización de este escenario se basa en la documentación aportada por Carlos Laliena Corbera en su libro “La Campana de Huesca”.

Estamos hablando del espacio que nos conduce al actual patio del siglo XVI. ¿Cómo vamos a permitir su derribo cuando nuestro corazón, nuestro recordar, se perdería con él? En este edificio es posible que nacería la reina Petronila y en él su hijo Alfonso II, primer monarca de la Corona de Aragón. Y durante siglos se ha cuidado, se ha mantenido, se ha actualizado como una zona palpitante de la ciudad. Sigamos abrazando, sigamos recordando, seamos parte positiva de esa historia que sigue pasando por el corazón.

Y lo llamamos seminario, pero es mucho más. La propia palabra significa mucho más, era el lugar donde se estudiaba y los maestros guardaban la semilla de su conocimiento e intentaban hacerla germinar en las siguientes generaciones, el lugar donde brotaban los nuevos profesionales que seguirían transmitiendo y poniendo en práctica los conocimientos adquiridos. Esta palabra no solo se refiere a los centros donde se forman los aspirantes al sacerdocio, por eso debemos ver este conjunto como algo mucho más grande, con una historia muchísimo más amplia.

Estudié Humanidades justo aquí, pegados al seminario. Fui de la primera promoción, cuando se acababa de inaugurar la carrera en Huesca. La letras enamoraron a muchos estudiantes del campus aragonés y no solo, recuerdo gente de Málaga, Cataluña,... éramos 150 en esas primeras clases y ante la falta de espacio dábamos clase en el aula magna. Enfrente, el seminario, vacío. Creo que por entonces el seminario ya nos miraba con tristeza, echaba de menos el bullicio de los estudiantes por sus patios y galerías, mientras justo enfrente humanistas y médicos alborotaban entre clases.

Entre las muchas asignaturas que tuve, hubo una que fue historia del arte medieval. En ella había que hacer un trabajo sobre algún aspecto del románico, mirando desde las ventanas del piso superior decidí que yo lo haría sobre las marcas de cantero y no hacía falta irse muy lejos para poder estudiarlas. Justo enfrente estaba la iglesia del seminario, la iglesia de la Santa Cruz, la más antigua de Huesca. No conseguí que nadie me la enseñara por dentro, así que inspeccioné centímetro a centímetro su arrugada piel exterior encontrando diferentes marcas de cantero. Para los que no conozcan de que estoy hablando, solo dos palabras para explicároslo: a los canteros se les pagaba por piedra trabajada así que solían dejar su marca, su firma, para poder contabilizarlas. A veces quedan al exterior, otras al interior, otras ocultas por la posición. Si jugáis un rato, encontraréis unas cuantas. Además de las diagonales que indican la buena posición de los estratos de nuestra piedra arenisca para que no se erosionara y el edificio pudiera ser milenario, como así lo es.

A veces me pregunto de quién serían esas manos que tallaron la piedra, la cuidaron y acariciaron hasta dejarla rectangular, una tras otra, para que podamos disfrutar de este edificio.

Un poco antes participé en un encuentro de la JOC que se desarrolló entre sus paredes, recuerdo unos pasillos largos, unas salas algo destartadas, el sol entrando en un claustro, pero lo cierto es que por entonces no me fijaba en esas cosas.

Pero sí que recuerdo un piano, viejo, polvoriento y cojo. Aun así es muy difícil resistirse a tocar ese camino blanco y negro silencioso. Creo que todos los pianos ejercen una llamada imperiosa ante cualquier persona que pase por delante de uno de ellos, incluso aunque no sepan tocar. Los dedos se sienten atraídos y les gusta jugar saltando de una tecla a otra.

El pobre piano del seminario, no solo estaba cojo, lloraba desconsolado por su abandono y el del edificio en general. Unas teclas conseguían dar un sonido mínimamente reconocible, pero en cuanto te acercabas a las más agudas lloraba desentonado pidiendo que se le hiciera más caso. Con sus acordes desafinados imploraba un afinador, pero también arquitectos, albañiles, fontaneros, electricistas, cualquier mano que ayudara a que el edificio completo dejase de llorar. No sé qué debió ser de ese piano, pero cuando subo a esta plaza sigo oyendo su lamento.

El festival Okuparte nos dio la oportunidad de volver a colarnos dentro del Seminario y yo me preguntaba cómo había llegado el Seminario a considerarse un lugar para ocupar, cuándo se cerraron sus puertas a la ciudad, cuándo le dimos la espalda, cuándo dejamos de oírle. Recuerdo una exposición de unas figuras blancas, altas y muy delgadas en la plaza de san Pedro, eran de Víctor Ara. Una de ellas se quedó a vivir en uno de los balcones. Blanca, estilizada, con un catalejo rojo en sus manos sigue observando la ciudad. Yo creo que la vigila, más bien. Su lente, siempre orientada hacia la parte más alta de esta, observa expectante si la puerta del seminario se vuelve a abrir, si vuelven a dejarnos llenar sus patios, sus espacios y pasillos de vida.

Llevo 23 años viviendo del cuento, entrevistando mayores por toda la provincia, escuchando sus cuentos e historias, investigando. Y las miradas más tristes no son cuando no consiguen recordar un cuento o una historia, las miradas más tristes las encuentro cuando me hablan de la ermita que se ha caído, de la fuente que se ha secado por no mantenerla, de los caminos perdidos porque ya no se transitan, de las casas que se caen tras años con la puerta cerrada. Nuestro patrimonio forma parte de nuestra cultura y se instala bajo nuestra piel. No necesitamos nuevos edificios ni remodelaciones de acero y cristal. Necesitamos mentes y manos que sepan cuidar con cariño estas paredes, porque al cuidarlas a ellas, nos cuidan a todos los que vivimos bajo sus sombras y aleja esa tristeza de nuestros ojos.

En los cuentos los números son muy significativos, los siete cabritillos, los siete enanitos, los siete o los doce hermanos cuervos, las doce bailarinas... y el tres. Los tres cerditos quizás sea el más reconocible, aunque hay muchísimos más ejemplos. En el cuento tradicional el lobo se come a los dos hermanos mayores. El hermano pequeño estudia, va a la escuela y aprende a hacer una casa de piedra. El lobo no podrá entrar e intentará engañarlo para que salga. El cerdito lo hace, pero es listo, ha estudiado, y sabe

cómo protegerse. El lobo cae una y otra vez y no consigue comérselo. Finalmente es él quien intenta entrar en la casa del cerdito pequeño por la chimenea. El plan no sale bien, cae por ella y abajo el cerdito pequeño, se supone que el más indefenso, le está esperando con una olla hirviendo. Aquella noche el cerdo cena lobo.

Los cuentos nos enseñan a no desistir, a luchar por muy pequeños que seamos, a buscar entre nuestros conocimientos para encontrar la solución, a no tener miedo a los lobos. Muchos pequeños son en muchos cuentos la solución.

Es el tercer abrazo al seminario, aunque son cinco años de trabajo, ojalá sirva para tomemos el lugar de ese tercer cerdito, unamos fuerzas entre todos los pequeños y el lobo no se salga con la suya. Este edificio se merece un final mucho mejor que una piqueta, una recalificación. Entre sus paredes se han formado muchos de los médicos, abogados, maestros, arquitectos que han seguido diseñando nuestra provincia. El seminario era el lugar donde aquellos que no tenían demasiados recursos podían tener la opción de estudiar, aunque luego no continuaran la carrera eclesiástica. Hagamos que vuelva a ser un lugar de aprendizaje, que la sabiduría impregnada en sus paredes durante siglos pueda ser compartida por las nuevas generaciones. Hace muy poquitos días estuve en Úbeda contando cuentos en un festival. Entre sesión y sesión hubo tiempo de ver palacios, iglesias y edificios. El bachiller de artes estaba en un palacio renacentista del siglo XVI, el antiguo hospital es ahora un centro cultural donde se puede encontrar la biblioteca infantil, salas de exposición o un auditorio en lo que fue una iglesia del siglo XVI. Palacetes, iglesias y edificios centenarios, monasterios y conventos han sido actualizados y puestos al servicio de la comunidad, de la cultura y formación sin tener que invertir en nuevas construcciones, sin tener que salir del centro antiguo de la ciudad, sin permitir que la vida se vaya del origen de esta. Conté en la iglesia desacralizada de San Lorenzo, retomada por el movimiento asociativo de la ciudad y referente cultural de uno de los barrios de esta ciudad patrimonio de la Humanidad.

El seminario tendría que ser para nosotros ese baluarte que atrajera vida y cultura al centro, a la parte más alta de la ciudad igual que altas deben ser nuestras expectativas. Ojalá estas palabras de una cuentista puedan llegar a los oídos correctos, a los que de verdad están interesados en escuchar el sentir de los habitantes de esta ciudad, en aquellos que tienen el poder de conseguir al gran caballero don dinero para que este lugar vuelva a ser faro desde estas alturas. Abracémonos, abracémosle para que allí encontremos el cariño, el consuelo, el mimo y la ternura que consigan mantener todo el conjunto en pie.

Sandra Araguás

HUESCA, 2 de julio de 2023